



KATE
MOSSE
*La Ciudad
del Fuego*

Enciende un fuego, observa cómo crece...

KATE MOSSE

LA CIUDAD DEL FUEGO

Traducción de
Claudia Conde

 Planeta

Título original: *The Burning Chambers*

© Mosse Associates Ltd 2018

© por la traducción, Claudia Conde Fisas, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2019

ISBN: 978-84-08-20246-2

Depósito legal: B. 3.637-2019

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Rotapapel

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE



Un apunte sobre las guerras de religión de Francia	11
Prólogo	17
PRIMERA PARTE: Carcasona. <i>Invierno de 1562</i>	23
SEGUNDA PARTE: Toulouse. <i>Primavera de 1562</i>	179
TERCERA PARTE: Puivert. <i>Verano de 1562</i>	491
Epílogo	629

PRIMERA PARTE
CARCASONA

Invierno de 1562





Mazmorras de la Inquisición, Toulouse

Sábado, 24 de enero

—¿Eres un traidor?

—No, señor.

El preso no sabía con certeza si lo había dicho en voz alta o si había contestado en el interior de su mente destrozada.

Dientes rotos, huesos dislocados y sabor a sangre seca acumulada en la boca. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Horas? ¿Días? ¿Toda su vida?

El inquisidor hizo un gesto con la mano. El preso oyó el chirrido de unas hojas metálicas que alguien estaba afilando, vio los hierros y las tenazas que yacían sobre una mesa de madera, junto al fuego, y percibió el movimiento del fuelle, que avivaba las llamas. Experimentó entonces un extraño instante de alivio, ya que el terror de la siguiente sesión de tortura sofocó por un momento el agónico dolor de su espalda, en carne viva por los latigazos. El miedo a lo que estaba a punto de suceder desplazó, aunque sólo fuera por un instante, la vergüenza de no haber sido capaz de resistir lo que le habían hecho. Él era un soldado. Había luchado valerosamente en el campo de batalla. ¿Cómo era posible que no tuviera fuerzas para soportar lo que le estaban haciendo?

—Eres un traidor. —La voz del inquisidor sonaba monótona y apagada—. No has sido leal al rey, ni a Francia. Tenemos muchos testigos que así lo confirman. ¡Te han denunciado! —Apoyó una mano sobre una pila de papeles que tenía en el escritorio—. Los protestantes como tú estáis ayudando a nuestros enemigos. Eso es traición.

—¡No! —susurró el preso, sintiendo en la nuca el aliento del carcelero. Tenía los párpados del ojo derecho hinchados y cerrados por un golpe recibido previamente, pero podía percibir que su acusador se le estaba aproximando—. No, yo...

Se detuvo, porque ¿qué podía decir en su defensa? Allí, en la cárcel de la Inquisición en Toulouse, él era el enemigo.

Los hugonotes eran el enemigo.

—Soy leal a la corona. Que profese la fe protestante no significa que...

—Tu fe te señala como hereje. Has renunciado al Dios verdadero.

—No es cierto. Por favor... Todo esto es un error.

Le daba vergüenza el tono de súplica que percibía en su voz. Y sabía que, cuando volviera el dolor, le diría todo lo que quisieran oír, fuera cierto o no. Ya no le quedaban fuerzas para resistir.

Hubo un momento de ternura, o así se lo pareció en su desesperación. Levantó con suavidad la mano, como un señor cortejando a su dama. Durante un instante fugaz, el hombre recordó las cosas maravillosas que existían en el mundo. El amor, la música y la dulzura de las flores primaverales. Mujeres, niños y hombres caminando del brazo por las elegantes calles de Toulouse. Un lugar donde la gente podía discutir y discrepar, donde era posible exponer las propias ideas con conocimiento y pasión, pero también con honor y respeto. Allí el vino llenaba las copas y había comida en abundancia: higos, jamón y miel. Allí,

en el mundo donde había vivido en otro tiempo, el sol brillaba y el azul interminable del cielo del Mediodía cubría la ciudad como un entoldado.

—Miel —murmuró.

Ahí, en ese infierno bajo tierra, el tiempo había dejado de existir. Un hombre podía perderse en las mazmorras y no aparecer nunca más.

La conmoción del golpe, cuando se produjo, fue mucho peor por llegar sin previo aviso. Un pellizco, una presión y después la sensación de las pinzas metálicas que le desgarraban y le partían la piel, los músculos y los huesos.

Mientras el dolor lo aferraba en sus brazos, creyó oír la voz de otro preso en una sala vecina. Una persona educada, un hombre de letras con el que durante varios días había compartido su celda. Sabía que era un hombre honorable, un librero que quería mucho a sus tres hijos y hablaba con discreto dolor de su esposa difunta.

Podía distinguir los murmullos de otro inquisidor detrás de las paredes húmedas de la celda. También estaban interrogando a su amigo. Entonces reconoció el silbido del látigo en el aire y el sonido de las puntas metálicas al hundirse en la piel, y le sorprendió oír los gritos de su compañero. Era un hombre de gran fortaleza que hasta ese instante había soportado su sufrimiento en silencio.

El preso notó que una puerta se abría y se cerraba, y supo que otro hombre había entrado en la celda. ¿En la suya o en la de al lado? Después oyó murmullos y ruido de papeles. Durante un hermoso momento, pensó que su suplicio había terminado. Entonces el inquisidor se aclaró la garganta y el interrogatorio volvió a comenzar.

—¿Qué sabes del sudario de Antioquía?

—No sé nada de ninguna reliquia.

Era la verdad, pero el preso intuía que sus palabras no tenían ningún valor.

—Sustrajeron la sagrada reliquia de la iglesia de Saint-Taur hace cinco años. Hay quien te acusa a ti de haberla robado.

—¿Cómo pueden acusarme a mí? —exclamó el preso repentinamente desafiante—. ¡Hasta ahora no había estado nunca en Toulouse!

El inquisidor siguió insistiendo.

—Si nos dices dónde está escondido el sudario, daremos por terminada esta conversación. La santa madre Iglesia, en su misericordia, te abrirá sus brazos y te acogerá de vuelta en su seno.

—Señor, os doy mi palabra...

Olió su propia carne quemada antes de sentir el dolor. ¡Con qué rapidez un hombre queda reducido a un animal! Apenas un montón de carne.

—Considera tu respuesta con detenimiento. Te volveré a hacer la misma pregunta.

El dolor que estaba experimentando, el peor que había sentido nunca, le concedió una tregua momentánea. Lo sumió en un abismo oscuro, un lugar donde tenía suficiente fuerza para soportar el interrogatorio y donde decir la verdad podía salvarlo.



La Cité

Sábado, 28 de febrero

—*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

La tierra golpeó la tapa del ataúd con un ruido sordo. Un puñado de tierra parda arrojado por unos dedos blancos. Después, otra mano se extendió sobre la tumba abierta, y a continuación otra más. Tierra y piedrecillas cayeron sobre la madera, como la lluvia. Se oyó el llanto apagado de una criatura envuelta en la capa negra de su padre.

—A ti, Señor Todopoderoso, te encomendamos el espíritu de Florence Joubert, esposa y madre amantísima, y sierva de Cristo. Que descanse en paz, iluminada por tu gracia eterna. Amén.

La luz empezó a cambiar. Ya no era el aire gris y húmedo del cementerio, sino negrura parecida a la tinta. En lugar de barro, sangre roja, tibia y fresca al tacto, resbaladiza en la palma de sus manos, atrapada entre los pliegues de sus dedos. Minou bajó la vista hacia sus manos ensangrentadas.

—¡No! —gritó, y entonces despertó bruscamente.

Durante un momento no vio nada. Poco a poco, la habitación fue adquiriendo líneas más definidas y entonces se dio cuenta de que había vuelto a quedarse dormida en la silla. Por

eso había tenido un sueño tan agitado. Se miró las manos por un lado y por otro. Estaban limpias. No tenía tierra bajo las uñas, ni manchas de sangre en la piel.

Había sido una pesadilla y nada más. Un eco del día terrible, cinco años atrás, cuando había sepultado a su querida madre. Pero el recuerdo había dado paso a otra cosa: imágenes oscuras creadas a partir del aire.

Miró el libro que tenía abierto sobre la falda —unas meditaciones de la mártir inglesa Anne Askew— y se preguntó si su lectura habría contribuido a tener un sueño tan tormentoso.

Se despezó para estirar los huesos y se alisó la ropa arrugada. La vela se había consumido y la cera formaba un charco sobre la madera oscura. ¿Qué hora era? Se volvió hacia la ventana. Finos rayos de luz se colaban entre las grietas de los postigos y formaban una cuadrícula sobre las tablas gastadas del suelo. Fuera se oían los habituales sonidos matinales de la Cité, que comenzaba a despertar para ir al encuentro del alba, y los pasos de la guardia de la muralla, que subía y bajaba la empinada escalera de la torre de la Marquière.

Minou sabía que necesitaba descansar un poco más. El sábado era el día de más trabajo en la librería de su padre, incluso durante la Cuaresma. La responsabilidad del negocio había recaído sobre sus hombros, y en las horas siguientes dispondría de muy poco tiempo para sí misma. Pero sus pensamientos eran un torbellino, como los que formaban las bandadas de estorninos en otoño, cuando se elevaban por el cielo o caían en picado sobre las torres del castillo condal.

Se llevó una mano al pecho y sintió la rítmica fuerza de su corazón palpitando. El vívido sueño que acababa de tener la había alterado. No había razón para pensar que su librería fuera a atraer una vez más una atención indeseada. Su padre no había hecho nada malo y era un buen católico. Aun así, no podía qui-

tarse de la cabeza la idea de que quizá hubiera pasado algo inesperado.

En la otra punta de la habitación, su hermana Alis, de siete años, yacía ajena al mundo, con una nube de rizos negros dispersa sobre la almohada. Minou le tocó la frente y comprobó con alivio que no tenía fiebre. También la reconfortó observar que el catre donde su hermano de trece años pasaba la noche algunas veces, cuando no podía dormir, estaba vacío. Con demasiada frecuencia en los últimos tiempos, Aimeric se presentaba cabizbajo en su alcoba y le decía que tenía miedo de la oscuridad. Señal de su mala conciencia, según el cura. ¿Habría dicho lo mismo de sus terrores nocturnos?

Minou se echó un poco de agua fría en la cara y se pasó un paño húmedo por las axilas. Se puso la falda, se ajustó la saya y después, con cuidado para no despertar a Alis, recogió el libro prestado y salió de puntillas de su habitación en el altillo. Bajó la escalera, pasó junto a la habitación de su padre y el rincón donde dormía Aimeric, y bajó otro tramo más de escalera, hasta el nivel de la calle.

La puerta que separaba el pasillo de la amplia sala de estar estaba cerrada, pero el marco no ajustaba bien, por lo que pudo oír con claridad el tintineo de los cazos y el chirrido de la cadena sobre el fuego cuando la criada colgó del gancho el caldero para poner agua a hervir.

Abrió la puerta intentando no hacer ruido y tendió solamente una mano, con la esperanza de coger las llaves del estante sin atraer la atención de Rixende. La criada era amable y de buen corazón, pero también muy parlanchina, y Minou no quería que esa mañana la entretuviera demasiado.

—Buenos días, mademoiselle —la saludó Rixende con una sonrisa—. No esperaba veros levantada tan pronto. Nadie más está en pie a estas horas. ¿Os preparo algo para desayunar?

Minou le enseñó las llaves.

—No puedo entretenerme. Cuando mi padre se despierte, ¿le dirás que me he ido temprano a la Bastide a preparar la tienda para aprovechar que es día de mercado? Dile que no hace falta que se dé prisa si tiene intención de venir...

—Sería una noticia estupenda que el señor tuviera intención de...

Rixende se interrumpió bruscamente al ver la mirada de Minou.

Aunque era público y notorio que su padre llevaba semanas sin salir de casa, nadie hablaba al respecto. Bernard Joubert había regresado de su viaje invernal a Carcasona convertido en otro hombre. No era más que una sombra de aquella persona que sonreía y tenía una palabra amable para todos, del buen vecino y el amigo leal que había sido. Gris, encerrado en sí mismo y con el espíritu doblegado, ya no hablaba de ideas ni de sueños. Minou sufría al verlo tan abatido y a menudo intentaba sacarlo de su negra melancolía. Pero, cada vez que le preguntaba por sus preocupaciones, los ojos de su padre se volvían vidriosos. Murmuraba alguna cosa sobre la inclemencia de la estación, el viento y los achaques de la edad, y se sumía una vez más en el silencio.

Rixende se sonrojó.

—Perdón, mademoiselle, le transmitiré al señor vuestro mensaje. Pero ¿estáis segura de que no queréis beber algo caliente? Hace frío. ¿No os apetece comer algo? Todavía queda *pan de blat* y un poco del budín de ayer.

—Adiós, Rixende —replicó Minou con firmeza—. Hasta el lunes.

El frío de las baldosas le traspasaba los calcetines, y el aliento se le condensaba en el aire gélido formando una nubecilla blanca. Se puso las botas de cuero, descolgó la gruesa capa de lana

verde con capucha y guardó las llaves y el libro en la faltriquera que llevaba atada a la cintura. Entonces, con los guantes en una mano, descorrió el pesado cerrojo de metal y salió a la calle silenciosa.

Una joven espectral en una fría madrugada de febrero.